EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

AL QUE NO QUIERE CALDO, LA TAZA LLENA

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE ZUMEL

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1894

16

AL QUE NO QUIERE CALDO, LA TAZA LLENA

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE ZUMEL

Representado en el TEATRO MARTIN, el 6 de Febrero de 1871.

SEGUNDA EDICIÓN

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
371

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES		ACTORES
ELVIRA	Doña	Dolores Carceller.
JUSTO	Don	Francisco Rodríguez.
DON BRUNO	»	Antonio Cáceres.
EL PORTERO	»	José Calvo.
UN INSPECTOR	»	Antonio Juncos.

La escena en Madrid, en nuestros días.

Esta obra es propiedad de su autor y de los Hijos de D. José García Taboadela, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala decentemente amueblada; puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

JUSTO, aparece tumbado en una butaca leyendo tranquilamente un periódico; ELVIRA, bordando, al otro lado; los dos impasibles, parece que no oyen una campanilla que sonará dentro, muy fuerte, algunos momentos: después de una gran pausa, sin cesar la campanilla, dice:

ELV. Están llamando.
JUSTO. Lo sé.
ELV. ¿No va usted á abrir?
JUSTO. No, señora,
no soy portero.
ELV. ¡Ni yo!
JUSTO. ¡Pues que llamen!
(Pausa: él lee, ella borda: suena la campanilla.)
ELV. ¡Esto asombra!
¿Pretende usted que yo sea
la que vaya?
JUSTO. Usted, que logra,
por sus rarezas, que salten

721027

de casa las criadas todas,
pues la que dura diez días
es un fenómeno, ahora
es forzoso que se sirva,
y me sirva á mí. (Sigue la campanilla.)

ELV. Que rompan
el tirador; por mi parte...

JUSTO. ¡A mí tampoco me importa!
(Pausa: campanilla muy fuerte.)

ELV. Usted sin duda quería
que yo, cual si fuese tonta,
tuviese en casa sirvientas
que usted, con maldad notoria,
pudiera abrazar de ocultis
y atreverse...

JUSTO. ¡Mas señora!

ELV. ¡No lo consiento! ¿Está usted?

JUSTO. ¡Si aquí no ha habido fregona
que no fuese un vejestorio,
ó algún mascarón de proa;
si usted para recibirlas
parece que las evoca
de algún horrible aquelarre;
si son brujas ó marmotas!
Y sin embargo, presume...

ELV. ¡Que es usté... y razón me sobra,
la romana del infierno,
que dicen que entra con todas!
(Pausa: campanilla muy fuerte.)

JUSTO. ¡El tirador romperán!

ELV. ¡Por mi parte, que lo rompan!

JUSTO. ¿No va usted?

ELV. ¿Yo? ¡No, señor!
¡Vaya usted!

JUSTO. ¿Yo? ¡No señora!

ELV. ¡Pues que llamen!

JUSTO. ¡Pues que llamen!
(Campanilla muy fuerte.)
¡Más fuerte! ¡Siga la broma!

ELV. ¡Es que alborotan la casa!

JUSTO. ¿Y quién será el que alborota?

ELV. ¡Vaya usted á verlo!

JUSTO. ¿Yo? ¡Nunca!
ELV. ¡Pues yo, tampoco! ¡Qué gloria!
(Se oye dentro una voz lejana que llama muy recio.)
VOZ. ¡Don Justo!...
ELV. ¿Ve usted? lo llaman.
JUSTO. Pues yo no voy.
ELV. ¿No?
JUSTO. No logra...
VOZ. ¡Doña Elvira!...
JUSTO. Ahora es á usted.
ELV. ¡Que llamen!
JUSTO. ¡Que llamen!
(Pausa: campanilla muy fuerte.)
¿Otra?
¡Ya vuelve el campanilleo!
ELV. ¡Oh, qué escándalo!
JUSTO. ¡Señora,
vaya usted, y cesarán!
ELV. No, señor; á usted le toca.
JUSTO. Si tuviera usted criada...
ELV. Si usted no gastara bromas
con ellas... (Ahora cesa la campanilla.)
JUSTO. Si usted no fuera
tan suspicaz... tan celosa...
ELV. ¿Yo celosa? No, señor.
Es porque no se acomoda
mi dignidad á sufrir
que usted haga á una fregona
señas y gestos, ¿estamos?
Ya no llaman.
JUSTO. ¡Sea en buen hora!
Se habrá cansado el que era.
¡Vaya con Dios! (Pausa.) Pero doña
Elvira, pienso que, en tanto
que no recibe usted otra
doméstica...
ELV. Me he propuesto
no tomar ninguna.
JUSTO. ¡Hola!
¿Y quién nos ha de servir?
ELV. Nadie.
JUSTO. Mejor: eso ahorra...

Usted guisará...

ELV. No sé.

JUSTO. Por fuerza: y traerá la compra.

ELV. ¡Fácil era! No se come.

JUSTO. ¿Que no? Me voy á la fonda.

ELV. Mejor: yo, á los Andaluces.

JUSTO. Me limpiará usted la ropa.

ELV. ¡Jamás!

JUSTO. Tomaré un criado...

ELV. Para que en sus trapisondas
le sirva de... No, señor.

JUSTO. Pues que usted así lo toma...

ELV. ¡Ah! ¡Silencio! (Levantándose sobresaltada.)

JUSTO. (Con calma.) ¿Andan en casa?

ELV. (Asustada.)
¡Vaya usté á ver!

JUSTO. (Rellenándose en la butaca.)
¿Yo? ¡Una bomba
no me moverá de aquí! (Rumor que se acerca.)

ELV. ¡Se acercan varias personas!
¿Quién ha abierto?

JUSTO. ¡Qué sé yo!

ELV. ¡Ah! (Viendo que salen.)

JUSTO. ¡Quién!

ESCENA II

DICHOS; DON BRUNO, con saco de noche, EL PORTERO, con maleta, EL INSPECTOR y dos Agentes de seguridad.

PORT. ¡Virgen de Atocha!
¡Si están aquí los señores
mano á mano!

BRUNO. ¡Cómo!

ELV. ¡Cielos,
mi padre!...

BRUNO. ¿Qué ha sucedido
para no abrir?

JUSTO. (¡Ay, mi suegro!)

INSP. Pero, ¿qué ha pasado aquí?

JUSTO. Nada: ya lo está usted viendo.

INSP. El portero aseguraba

que estaban ustedes dentro.
JUSTO. Y aseguraba muy bien.
INSP. Que llamaban...
PORT. ¡Ya lo creo!
Como que están los vecinos
asustados.
BRUNO. Con efecto:
y yo, temiendo un conflicto...
llamé al Inspector...
INSP. Es cierto:
y yo hice abrir; pero ahora
que á los dos vivos los veo...
JUSTO. Y muchos años nos vea.
INSP. Pero no es cosa de juego
dejar asustar la gente,
y á la autoridad...
JUSTO. Comprendo;
pero es, señor Inspector,
que no se ha oído.
ELV. No.
BRUNO. ¡Cielos,
pues si hemos alborotado
la casa!
PORT. ¡Ha sido un jaleo...!
JUSTO. Pues nada se oyó.
ELV No... nada...
INSP. Entonces, les aconsejo
que quiten la campanilla
y coloquen un mortero;
que llamando á cañonazos
se oirá mejor.
JUSTO. ¡Ya lo creo!
Dispense usted la molestia.
BRUNO. Si ya estábamos temiendo
que, los dos aquí encerrados...
ELV. No, papá.
BRUNO. Os hubiérais muerto.
INSP. Hagan el favor de oir
otra vez, porque no es cuerdo...
JUSTO. Estaba todo cerrado...
y, distraídos... yo siento...
INSP. ¡Queden ustedes con Dios!

¡No lo creyera, á no verlo!
(Vase con los Agentes.)

PORT. Puesto que nada ha ocurrido,
á mi cuchitril me vuelvo.

BRUNO. ¡Vaya usted con Dios, y gracias!

PORT. No hay de qué. (¡Que no lo oyeron!
Ó estaban muy ocupados,
ó tienen pesado el sueño.)

ESCENA III

JUSTO, ELVIRA y DON BRUNO

BRUNO. Pero, ¿podréis explicarme...?

JUSTO. ¡Un abrazo!...

ELV. ¿Cómo es esto?
¿Usted en Madrid, papá,
sin avisar...?

BRUNO. Vine huyendo...
Pero, ¿cómo me explicáis
no haber oído?...

JUSTO. ¡Esto es bueno!
¿que viene usté huyendo?

BRUNO. ¡Sí!

ELV. ¿De quién?

BRUNO. Decidme primero:
¿por qué, al llamar de aquel modo,
guardábais los dos silencio?

JUSTO. Fué... una apuesta.

ELV. Sí, una apuesta.

JUSTO. Es que estamos sin criada.

BRUNO. Y eso...

JUSTO. Me dió gana de decir
á Elvira:—«Llaman, dejemos...»
sin presumir que usted fuera.

BRUNO. No era fácil.

ELV. Por supuesto.

JUSTO. Pues la dije... ¡yo no abro!

ELV. Yo dije... ¡ni yo!

JUSTO. Apostemos:
el que abra, paga los dulces.

ELV. Es verdad.

JUSTO. Por no perderlos...
BRUNO. Dejásteis que alborotara
la casa... ¡qué majaderos!
¡tenéis un alma! En mi vida
he visto otra.
ELV. ¡Fué mal hecho!
pero diga usted; ¿de quién
se viene á Madrid huyendo?
BRUNO. ¡De tu hermana y su marido,
que su casa es un infierno!
ella celosa y cargante;
él taimado y embustero,
tienen cada pelotera...
pasan la vida riñendo;
ya cansado de sufrir
las rarezas de sus genios,
dije... me voy con Elvira
á Madrid; que allí á lo menos,
vivirán en paz.
ELV. Ya... sí...
JUSTO. (¡Pues se ha lucido mi suegro!)
BRUNO. Conque, prepararme cuarto,
que con vosotros me vengo
á pasar la Nochebuena
con quietud y con sosiego.
JUSTO. ¡Hace usted bien!
ELV. ¡Sí señor!
voy á arreglarle al momento
un cuarto; como criada
ahora en casa no tenemos...
BRUNO. ¿Y cómo?...
JUSTO. La he despedido...
BRUNO. ¡Por sisona!
ELV. ¡Sí, por eso!
(Con intención, mirando á Justo.)
¡porque me sisaba... todo...!
BRUNO. Entonces muy bien has hecho;
pero ya tomarás otra.
ELV. ¡Sí señor; en eso pienso!
voy á preparar el cuarto.
BRUNO. Entre tanto, aquí te espero.

ESCENA IV

DON BRUNO y JUSTO

BRUNO. ¡Yerno mío, un placer tengo
en verme aquí!...
JUSTO. ¡Yo también!
(¡No lo sabes tú muy bien!)
BRUNO. ¡A vivir en paz me vengo;
en esta tranquilidad
quiero terminar mis días;
partir vuestras alegrías,
y vuestra felicidad!
JUSTO. ¿Partirlas? ¡Bien!
BRUNO. ¡Ya se ve!
huyo de Valladolid,
para buscar en Madrid...
JUSTO. ¿La paz?
BRUNO. ¡Y aquí la hallaré!
Porque ustedes se amarán...
JUSTO. ¡Ya lo creo!
BRUNO. Ella es juiciosa...
JUSTO. Vale un potosí mi esposa.
BRUNO. Y tranquilos vivirán:
no habrá alternativas...
JUSTO. ¡No!
aquí nunca se varía;
siempre estamos... noche y día,
como cuando usted llegó.
BRUNO. ¿De broma?
JUSTO. ¡Justo! ¡de chanza!
BRUNO. Siempre tenéis buen humor...
JUSTO. ¡Siempre!... Siempre, sí señor.
BRUNO. ¡Eso colma mi esperanza!
Mas no quiero ser gravoso.
JUSTO. No hable usted...
BRUNO. ¡Eso sí, chico!
yo siempre claro me explico,
porque debo...
JUSTO. Es bochornoso...
BRUNO. Tengo mi jubilación;

puedo mi escote pagar:
como aquí me pienso estar
para siempre, no es razón...
allá, barato vivía;
aquí será caro.

JUSTO. Cierto.

BRUNO. Pues yo veré si concierto
con el bien, la economía.
Por lo pronto, Nochebuena
es mañana; me he quitado
el compromiso endiablado
de aguinaldos y de cena.

JUSTO. Pues más que en Valladolid
gastará usted, intranquilo,
que para sacar el quilo,
no hay pueblo como Madrid.

BRUNO. Eso dicen.

JUSTO. ¡Por supuesto!
hay tanto gasto imprevisto,
que al año... lo tengo visto,
nos doblan el presupuesto.
¡De aguinaldos, no digamos!
aquí piden los porteros,
aguadores, carboneros,
y los que nunca ocupamos,
barrenderos de la villa,
los de la ronda...

BRUNO. ¡Qué horror!

JUSTO. Los carteros... sí señor,
el sastre, la modistilla...
el mozo del café.

BRUNO. ¡Aprieta!

JUSTO. Los repartidores...

BRUNO. ¡Bueno!

JUSTO. La criada y el sereno:
todos dejan su tarjeta,
ó en papelitos impresos
pidiendo pavo y turrones,
fieras improvisaciones
en muy malísimos versos.
¡El abuso es inaudito!
¡esto es, la bolsa ó la vida!

tanta tarjeta bruñida,
tanto impreso papelito...
¡Saqueo terrible, fiero!
nos sacrifican, y al fin
quien da poco, es un ruín;
quien da mucho, un caballero.

BRUNO. ¿Y el que no tiene?

JUSTO. Quizás
por no quedar mal, al cabo
se priva de comer pavo
por dárselo á los demás.

BRUNO. ¡Cómo ha de ser! En Madrid...

JUSTO. ¡Cae la bolsa en un abismo!

BRUNO. Es que en Pascuas, eso mismo
sucede en Valladolid.
Si el abuso se examina...

JUSTO. En la corte, todo el año
hay otra plaga, otro daño.

BRUNO. ¿Otro? ¿cuál es?

JUSTO. ¡La propina!
«Se afeita por un real»,
pone en su muestra el barbero:
y si no hay propina...

BRUNO. Pero...

JUSTO. Nos pone un gesto fatal.
La propina en el café
ya se juzga obligación;
todo el mundo, en conclusión,
propina le pide á usté.
Hay que dar á troche y moche;
y si á un entierro le citan,
el impreso en que le invitan
dice... «Se suplica el coche.»
Y tras de acudir ligero
sus quehaceres olvidando,
va usté al muerto acompañando,
y costándole el dinero.

BRUNO. Pues digo que es una viña
la corte.

JUSTO. ¡Sí, sin vallado!

BRUNO. Hay que ser un potentado
para tanta socaliña.

Mas no vuelve Elvira.

JUSTO. ¡Ya!
como no tiene criada...

BRUNO. Pero la tendrá encargada,
porque así no puede...

JUSTO. ¡Ca!
La ha dado á la esposa mía
de poco tiempo á esta parte...

BRUNO. Vamos, será por ahorrarte...

JUSTO. ¡Eso es, por economía!
Voy á decirle al portero
qué haga el almuerzo traer
de la fonda; mi mujer
no habrá dado...

BRUNO. Ve ligero,
que á la verdad, necesito
tomar algo pronto.

JUSTO. ¡Sí,
al momento!

BRUNO. Llegué aquí...
¡es claro, con apetito! (Vase Justo.)
¡Ay, me parece mentira
que salí de aquel infierno!
¡qué genios de hija y de yerno!
pero aquí se acerca Elvira.

ESCENA V

DON BRUNO y ELVIRA

ELV. Ya está el cuarto; ¿y mi marido?

BRUNO. Salió.

ELV. ¿Cómo que salió?
¿á dónde fué sin decirme...?

BRUNO. No te alteres, no hay razón;
¿eres acaso celosa
como tu hermana?

ELV. (Dominándose.) ¿Yo? ¡No!
Pero como aquí... (¡el infame!)
se va y le deja... (¡traidor!)

BRUNO. Hija mía, le ha ocurrido
lo que á tí no te ocurrió.

ELV. ¿Y qué es?
BRUNO. ¿Tienes tú almuerzo
que darme?
ELV. ¡Es verdad que no!
BRUNO. Pues ha bajado, á mandar
que traigan sin dilación
el almuerzo de la fonda.
ELV. Es cierto, que no dí yo...
BRUNO. (Sentándose y haciéndola sentar.)
Ahora, siéntate, hija mía;
vamos á tener los dos,
mientras vuelve tu marido,
un ratito de expansión;
porque delante de él
lo que á preguntarte voy,
no me pudieras decir
con franqueza... no es razón...
Há tiempo que no nos vemos;
os casásteis por amor;
en vuestras cartas decíais
que erais muy felices...
ELV. ¡Oh!
BRUNO. Conque díme, ¿os lleváis bien?
ELV. ¡Mucho! (Con sorna.)
BRUNO. ¿Cierto?
ELV. (Dominandose.) ¡Sí, señor!
(Sobrado tiempo le queda
para saber...)
BRUNO. Vuestra unión
habrá sido venturosa...
ELV. ¡Es claro!
BRUNO. ¡Gracias á Dios!
Tu pobre hermana Casilda
padece un martirio atroz;
tiene celos de su sombra...
¿tú no eres celosa?
ELV. ¡No!
¿qué he de ser?
BRUNO. ¡Mucho me alegro!
su marido, un embrollón
que la dice más mentiras...
ELV. ¡Qué gracia! ¡Ya! Si el mejor... (Con ira.)

BRUNO. ¿Qué dices? (Sorprendido.)
ELV. (Conteniéndose.) ¡Nada! ¡Decía
que el mejor... le tengo yo!
BRUNO. Siquiera, del mal el menos:
ya que no pueda el dolor
templar de Casilda, tenga
mi angustiado corazón
el consuelo de que tú
vives dichosa...
ELV. (¡Qué horror!
¡dichosa y vivo rabiando!)
BRUNO. ¿Te callas?
ELV. ¿Qué? ¡No, señor!
BRUNO. Te has puesto tan seria...
ELV. ¡Ca!
BRUNO. Él te amará con pasión,
te será fiel...
ELV. Por supuesto...
¡muy fiel!.. (¡Hoy estallo yo!
disimulo, que no quiero
causarle una desazón.
¡Hartas le esperan!) Me ama
de un modo... tan feliz soy...
BRUNO. Cuéntame cómo vivís,
pues como los otros dos
me han hartado con sus riñas,
me siento con hambre atroz
de conocer la existencia
de un matrimonio mejor.
ELV. (Y qué le digo, ¡Dios mío!)
BRUNO. ¿Él te quiere?
ELV. ¡No que no!
BRUNO. ¿A tí sola?
ELV. Como estamos
en casa solo los dos...
BRUNO. ¡Chica, chica! ¡Me parece
que esa no es contestación!
ELV. Es que... estoy tan preocupada...
la criada se marchó...
BRUNO. Como tú la has despedido
por economía, y...
ELV. (Va á estallar y se contiene.) Por...

¡Por eso... sí!

BRUNO. Pues sin ella
no puedes pasar.

ELV. ¡Sí!

BRUNO. ¡No!

ELV. Repasaba en la memoria,
á ver si en la habitación
que dispuse para usted
falta algo.

BRUNO. Chica, ¡por Dios!
¡yo estoy bien de cualquier modo!
Quiero te expliques mejor,
y me digas claramente
si eres feliz...

ELV. ¿Si lo soy?
¡Mucho!... ¡mucho!... ¡casi, casi,
me sobra la dicha!

BRUNO. ¡No,
mujer, eso nunca sobra!

ELV. ¿Que no sobra? ¡Sí, señor!
Hay veces que hasta el cariño,
la exagerada pasión
cansa y fastidia...

BRUNO. ¡Mujer!

ELV. ¡Él me quiere... con furor;
y yo con furor le adoro!
con un delirio... ¡feroz!
¡él me mima y yo le mimo,
y nos mimamos los dos!...
¡sentimos amor... furioso!
¡furiosa es nuestra pasión!
¡Él quiere... lo que yo quiero,
lo que él quiere... quiero yo!
¡con tan furioso querer...
no tiene comparación!...

BRUNO. ¡Muchacha! ¡Con tanta furia
me asustas!

ELV. ¡Mas si es de amor...
de felicidad!... (Con ira reconcentrada.)

BRUNO. ¿Y tiemblas?

ELV. ¡De contento... de emoción!...
¡porque nos amamos tanto!..

que sólo al pensarlo... ¡ay Dios!
¡me pongo nerviosa!
(Rompe el pañuelo con ira riendo.)

BRUNO. ¡Diantre!
¿rompes el pañuelo?

ELV. ¡No!

BRUNO. ¿Estoy yo ciego? ¡Sí tal!

ELV. ¡Es de entusiasmo! (Rompiéndolo más.)

BRUNO. (Asustado.) (¡Qué horror!
¿si estará mi hija demente?
¡esto falta á mi aflicción!)

ELV. Cuando pienso en su cariño,
la dicha me arroba...

BRUNO. ¡Oh!
¡Mírale aquí!

ESCENA VI

DICHOS y JUSTO

JUSTO. Estoy de vuelta.
Muy pronto vendrá el portero,
porque él mismo se ha encargado
de subirnos el almuerzo...
Como la fonda está cerca...
¡Ah! Pero Elvira, te advierto
que al saber que nos hallamos
sin criada, me ha propuesto
á una chica...

ELV. ¡Ya! ¡Una chica...!

JUSTO. Dice que es lista en extremo...

ELV. ¿Conque lista?

JUSTO. Ya se ve.

BRUNO. ¿Qué te da?

ELV. Nada.

BRUNO. Yo creo...

JUSTO. Yo le he dicho que la mande
á que hable contigo.

ELV. ¡Bueno!

BRUNO. Y tú debes recibirla,
porque, á la verdad, no apruebo
que estéis aquí sin tener...

JUSTO. Es lo que yo la aconsejo...
Que ella diga sí...
ELV. ¡Es verdad!...
JUSTO. Que esté descansada quiero....
y que tenga una mujer
que la ayude...
BRUNO. ¡Por supuesto!...
ELV. Si yo puedo con la cruz. (Con intención.)
No me busques cirineo.
BRUNO. ¡Chiquilla! ¿Qué has de poder
tú sola?...
ELV. ¡Vaya si puedo!
BRUNO. Si á tí siempre te han servido;
si nunca, hija mía, has hecho
las haciendas, no es posible
que puedas... ¡vaya! no hablemos...
Es bueno ser económicos,
mas no tanto.
ELV. Si no es eso.
JUSTO. Son supersticiones.
BRUNO. ¿Cómo?
ELV. ¡No hay tal! Es... que...
JUSTO. (¡Por respeto
á tu padre, disimula!)
BRUNO. ¿Qué superstición? No entiendo...
JUSTO. Ha visto un libro de signos...
BRUNO. ¡Qué tontería!...
ELV. (Tirándole un pellizco.) (¡Perverso!)
JUSTO. ¡Ay! (Gritando.)
BRUNO. ¿Qué?
JUSTO. ¡Nada! un calambre:
¡yo padezco de los nervios!
¡En su signo, ha tropezado
con un vaticinio horrendo!
BRUNO. ¡Un vaticinio! ¿Cuál es?
ELV. ¡Eso es falso! (¡De ira tiemblo!)
JUSTO. El libro la vaticina,
que si la sirven domésticos,
ha de tener un fin trágico...
y ella no quiere, por miedo...
BRUNO. ¡Já, já, já! ¡Qué tontería!
Pero mujer, ¿tú crees eso?

ELV. ¡No señor! ¡No! Si criadas
en casa tener no quiero...
JUSTO. (No disgustes á tu padre,
que de riñas viene huyendo.)
BRUNO. ¡Vamos tonta! ¡Esas sandeces,
no deben tomarse en serio!
Has hecho bien en mandar
que venga; tú, Elvira, espero
que la recibas.
ELV. Si yo...
BRUNO ¡Nada! ¡Nada! No podemos
estar sin alguien que sirva
en casa...
ELV. Si es que yo puedo...
BRUNO. ¡No seas terca! que tu estado,
por hoy, no te obliga á hacerlo;
y por honor de tu esposo;
por comodidad; por...
ELV. (¡Cielos!)
BRUNO. Por decoro y conveniencia,
desechando esos agüeros,
recíbela. Yo, entre tanto
que nos suben el almuerzo,
voy á lavarme. Dios quiera
que venga pronto, que tengo
un regular apetito,
y desde anoche no he vuelto...
¿Dónde está mi cuarto?
ELV. (Llevándole á la puerta de la derecha, y señalándole adentro,)
Allí;
aquella puerta del centro.
BRUNO. Voy allá. ¡Que la recibas!...
y en cuanto venga el almuerzo,
avisadme.
JUSTO. ¡Sí señor!
yo le avisaré al momento.

ESCENA VII

ELVIRA y JUSTO

ELV. ¡Ya solos estamos!

si dura más tiempo
la farsa, me ahogo,
de fijo, ó reviento.
¡Traidor, libertino,
hipócrita, necio!
Si usted ha pensado
que yo, por respetos
al padre que viene
de riñas huyendo,
buscando una paz
que aquí no tenemos...

JUSTO. ¿Quién tiene la culpa?

ELV. ¡Tu infamia!

JUSTO. ¡Tu genio!

ELV. ¿Mi genio? ¡Mentira!
ninguno hay más bueno.

JUSTO. La prueba, ahora mismo
presente la tengo.

ELV. Si usted no abusara;
si usted comprendiendo
que aquí, ante mi padre,
por él me contengo,
no fuera taimado
mentiras urdiendo,
á fin de que en casa
penetre muy presto
la chica tan lista...

JUSTO. ¡Mujer, por el cielo!
no tienes criada,
y así no podemos...

ELV. A usted le acomoda
que venga. ¡Comprendo!
le habrá á usted gustado,
¿verdad? y por eso...

JUSTO. Si yo no la he visto.

ELV. ¡Sí, ya! Le dijeron
que es lista, que es joven...

JUSTO. ¡Gran Dios! ¡No hay ejemplo
de tanta rareza!
¡Sufrirla no puedo!

ELV. ¿No puedes sufrirme?

JUSTO. No tal.

ELV. ¡Pues me alegro!
Si á torpes criadas
señajos y gestos,
con vil insolencia,
no hubiera usted hecho;
si á tales fregonas
no echara requiebros
ni hiciera regalos...
JUSTO. ¿Yo?...
ELV. Sí: de pañuelos
y ligas bordadas
de «¡viva mi dueño!»
en casa no hubiera
tamaños enredos.
JUSTO. Si usted, intratable,
celosa en extremo,
no fuera buscando
los monstruos horrendos
que admite en su casa,
no hubiera yo hecho,
por darla lecciones,
sandeces á cientos.
Pretendo tengamos
quien sirva, y advierto
que no quiero fieras,
que monstruos no quiero,
que quiero personas.
ELV. Pues yo no tolero
que usted se rebaje,
mi amor ofendiendo,
con zafias fregonas
de tosco aparejo.
Si á feas, horribles,
las dijo requiebros...
¿qué hiciera con guapas?
JUSTO. Es que...
ELV. Lo sospecho;
por más que mi padre
se empeñe, me encuentro
á no recibirla
dispuesta.
JUSTO. ¡Veremos!

ELV. Á no consentirle
sus torpes enredos;
quien quita ocasiones...
que sepa al momento
mi padre la causa;
que sepa tenemos,
por esa conducta,
disgustos tremendos.

JUSTO. Yo haré de manera
que cese su empeño.
¿No quiere criadas?
Pues bien: la prometo
buscarlas por fuera,
y audaz...

ELV. ¡Oh, perverso!

JUSTO. Hacerme un Tenorio,
feroz y travieso,
de todas las bellas
de escoba y barreño.
Bailar en Apolo,
hacerlas obsequios...
café con tostada,
y ufano y contento,
llevarlas en coche
á dar un paseo.

ELV. Pues yo, por mi parte,
también te prometo
vengarme de modo
feroz y tremendo.
Sobre esa cabeza
caerá todo el peso...
en justo desquite;
yo haré, ¡vive el cielo!
que rabie, que sufra,
que truene indiscreto,
que grite furioso,
que llore sus yerros,
que horrible amargura
destroce tu pecho;
que todo tu gozo
se trueque en tormento;
que pierdas la calma,

la dicha, el sosiego;
que al fin, despechado,
qué hacer no sabiendo,
al mismo demonio
le pidas consejo.

ESCENA VIII

DICHOS y DON BRUNO; en seguida EL PORTERO

BRUNO. ¡Qué voces!
ELV. ¡Mi padre!
BRUNO. ¿Qué pasa, qué esto?
¿También aquí riñen?
¡Por Dios, que me vuelvo!
JUSTO. ¡Es su hija!
ELV. ¡No!
BRUNO. ¡Mi hija!
ELV. ¡Su yerno!
BRUNO. ¡Mi yerno!
JUSTO. ¡Ni un santo pudiera
sufrirla su genio!
¡Aquí nos devoran
ridículos celos!...
BRUNO. ¡Gran Dios, y yo vine
de riñas huyendo!
ELV. ¡Él tiene la culpa! (Se sienta llorando.)
JUSTO. Yo, tomo el sombrero...
BRUNO. Pero, ¡hombre...!
JUSTO. ¡Me marcho,
y aquí más no vuelvo!...
(Sube al foro decidido.)
BRUNO. ¡Atiéndeme, Justo! (Siguiéndole.)
(Al llegar á la puerta del foro Justo, se le interpone el Portero con una gran bandeja, y en ella platos, botellas, etc.)
PORT. ¡Aquí está el almuerzo!
JUSTO. (Le da un manotón en la bandeja, y se la tira con todo, diciendo.)
¡Que almuerze el demonio! (Vase.)
PORT. ¡Bonito me ha puesto!...
BRUNO. ¡Jesús!

ELV. ¡Es infame!
BRUNO. ¡Buen viaje hemos hecho!...
(Pausa: don Bruno, cruzado de brazos en medio de la escena, mira alternativamente á su hija y á los cacharros del almuerzo rotos; el Portero, asustado, contempla con estupidez el destrozo; Elvira, sentada, llora.)
¡Jesús, estoy asombrado!
Vine huyendo de pendencias,
y me encuentro...
ELV. (¡Es un infame!)
BRUNO. ¿Qué hace usted? (Al Portero.)
PORT. ¿Yo?
BRUNO. Sí: ¿qué espera?
PORT. ¡Me he quedado estupefacto!
¡Qué furia!
BRUNO. ¡Con ligereza,
recoja usted todo eso,
(El Portero va recogiendo los cacharros rotos en la bandeja.)
y al punto á la fonda vuelva:
todo se paga!
PORT. ¡Es muy justo!
¡Digo, y mi ropa, que es nueva,
me la ha llenado de grasa!
BRUNO. Pues todo entrará en la cuenta;
que nos manden otro almuerzo:
los duelos, con pan...
PORT. (Recogiendo.) (¡Qué gresca,
si esto parece mentira!)
BRUNO. ¡Despache, no se detenga!
PORT. ¡Voy! (Si me compran un traje,
he ganado en la refriega.)

ESCENA IX

DON BRUNO y ELVIRA

BRUNO. Pero, ¡Elvira!...
ELV. ¡Ay, padre mío!
BRUNO. Si él, con razón, se lamenta...
si tú eres como tu hermana...
ELV. ¡Mi marido es una fiera!

BRUNO. Me ha parecido un bendito.
ELV. Galanteador de sirvientas...
él de ellas es un Herodes.
BRUNO. ¿Cómo es eso? ¿Las degüella?
ELV. Por más que yo he procurado
recibir á las más feas,
y viejas, y hasta lisiadas...
ni aun por eso las respeta.
BRUNO. ¡Mujer!...
ELV. La primera, Irene
se llamaba; záfia, horrenda,
y tenía un lobanillo...
BRUNO. ¿Dónde?
ELV. Encima de la ceja.
Pues la hizo el amor. Decía
que aquel lobanillo, era
una graciosa berruga.
Y ví que con insistencia,
por la berruga de Irene
bebía los vientos.
BRUNO. ¡Aprieta!
ELV. La segunda que tuvimos,
era una enorme gallega;
catorce arrobas pesaba
en bruto.
BRUNO. ¡Excelente pieza!
ELV. Pues le gustaban sus carnes.
BRUNO. Mejor dirás sus mantecas.
ELV. La tercera era una bizca,
natural de Talavera,
con una cara horrorosa.
Pues tuvo la desvergüenza
mi marido, de decirme
á mí misma, ¡qué insolencia!
que le gustaban las bizcas.
BRUNO. A algunos les da por ellas.
ELV. ¡A una vieja tomé luego,
figurándome que á ésta
no la encontrara atractivos!
BRUNO. ¿Se los halló?
ELV. No estoy cierta:
pero un día dijo... «¡el buen caldo

lo hace la gallina vieja!»

BRUNO. ¡Mujer, parece imposible!

ELV. No extraño que se sorprenda.
Despedí á una jorobada
que tomé muy satisfecha,
porque nunca imaginé
que aquella araña pudiera...

BRUNO. ¿Y se atrevió?

ELV. Sí señor.
Se enamoró de la chepa,
y la regaló un pañuelo.

BRUNO. ¿Conque un pañuelo?

ELV. De yerbas,
y unas ligas.

BRUNO. ¡Eso es grave,
que ya pensaba en las piernas!
¡Pobre Elvira! ahora comprendo...

ELV. Esta no es vida, y resuelta
estoy á todo. El divorcio
pondrá fin á mi querella.

BRUNO. Vamos, obremos con calma.
Yo le hablaré, de manera
que consiga hacerle entrar
en razón; que no se juega
impunemente, hija mía,
con cosas que son tan serias.
Voy á buscarle.
(Sube al foro, y mira adentro.)
El portero
se dejó abierta la puerta;
él viene, vete á tu cuarto.

ELV. ¡Ay Dios!

BRUNO. Como no se avenga
á razones, tú conmigo
te vendrás.

ELV. Como usted quiera.

ESCENA X

DON BRUNO; JUSTO, que entra con el sombrero encasquetado y las manos en los bolsillos.

BRUNO. ¿Ya estamos de vuelta? Al fin...
JUSTO. Estoy de vuelta.
BRUNO. ¡Bien!
JUSTO. Pero...
he venido por dinero
para marcharme á Pekín.
BRUNO. ¡Poco á poco, señor mío!
es preciso hablar muy claro,
y formalmente declaro
que es su proceder impío.
JUSTO. ¡Entendido! Ella es su hija;
y aunque ocasiona este infierno,
entre su hija y su yerno...
BRUNO. Mi parentesco, no fija
mi opinión; pero me ha dicho
lo que debe ser verdad;
tu extremada liviandad,
y tu grotesco capricho
de requebrar las fregonas;
que con afán las ostigas,
y que las regalas ligas
á muchachas y á jamonas.
¿Es esto verdad?
JUSTO. ¡Lo es!
BRUNO. ¡Y te quejas todavía!...
llega á tanto tu osadía,
que exiges que sufra...
JUSTO. ¡Pues!
Usted la escuchó primero;
para un pleito decidir,
á las dos partes oir
es necesario.
BRUNO. Eso quiero.
JUSTO. Pues bueno; voy á empezar,
y empiezo...
BRUNO. ¡Bien!

JUSTO. Con franqueza;
mi locura, mi flaqueza...
BRUNO. Prosigue.
JUSTO. Por declarar.
Amo á Elvira con pasión.
BRUNO. ¿Y enamoras?... ¡no comprendo!
JUSTO. No tal. He estado fingiendo
para darla una lección.
BRUNO. ¿La causa?
JUSTO. Sus locos celos
que me rebajan y ofenden;
pues vamos, no se comprenden
sus infundados recelos;
por tan absurdas quimeras,
las sirvientas prefería
más horribles; convertía
la casa, en casa de fieras.
Y con su anhelo incesante
de desconfiar de mí,
un rostro no he visto aquí
que no fuera repugnante.
¿No se miraba al espejo?
¿tan bajo me considera,
que yo á enamorarme fuera
de esas záfias? Mi consejo
lo juzgó de interesado;
nunca me quiso creer,
y obrando así, mi mujer
me ha ofendido demasiado.
¿Ella misma no se ultraja
al pensar que su marido
haya á tanto descendido?
BRUNO. Es cierto que se rebaja;
lo que es en eso... es verdad...
pero como hay quien se atreve...
JUSTO. Entonces, la esposa, debe
sostener su dignidad;
conservando su distancia,
dejar que se humille él sólo,
no dando á su torpe dolo
tan desmedida importancia.
BRUNO. Lo que es en eso...

JUSTO. Sí tal.
Sin rebajar su persona,
elevando á una fregona
al juzgarla su rival.
Esto me causaba pena
y disgusto...
BRUNO. Ya se infiere.
JUSTO. Dije... al que caldo no quiere...
BRUNO. Es cierto.
JUSTO. La taza llena;
y cuanto más fea...
BRUNO. Comprendo.
JUSTO. La criada que tomaba,
yo más tierno la miraba;
pero fingido.
BRUNO. Ya entiendo.
¿Y la berruga de Irene?
JUSTO. Le ha dicho á usted... ¡es atroz!
un lobanillo feroz
que aquel fenómeno tiene.
BRUNO. ¿Y las carnes de la gorda?
JUSTO. ¿Creyó usted tal desatino?
¡qué carnes! Si era tocino:
¡Una Maritornes sorda!
BRUNO. ¿Y la vieja?
JUSTO. ¡Acartonada!
¡una bruja!
BRUNO. No me digas...
¿Y regalarle las ligas...?
JUSTO. También...
BRUNO. ¿Á la jorobada?
JUSTO. ¡Todo por pura ficción!
burla que tomaba en serio,
creyendo era gatuperio
sin comprender la lección.
(Asoma Elvira á la puerta izquierda y oye.)
Y más se alborotaría,
si á sus oídos llegara
que yo he hecho me las copiara...
BRUNO. ¿Cómo?
JUSTO. ¡La fotografía!
A toda la que salió

de casa por celos... Pues
las he buscado después
para retratarlas.

BRUNO. ¡Oh!

JUSTO. Por quedarme yo un retrato,
seis en casa de Toledo
pagaba, y ellas sin miedo...

BRUNO. ¡Ya! ¡Sí!

JUSTO. Aceptaban el trato.

BRUNO. ¿Qué objeto...?

(Justo, abriendo con llave un cajón de un secreter, saca varios retratos de tarjeta.)

JUSTO. Vea si hay razón
para su torpe rareza;
recuerde usted su belleza
y mire esa colección. (Le da los retratos.)

BRUNO. ¡Qué fenómenos! (Riendo.)

JUSTO. ¿Qué tal?

BRUNO. Y ella temió... ¡quién diría...!
coloca esta esta galería
en la Historia Natural. (Ríen los dos.)
¿Tú amas á Elvira? (Serio, cambiando de tono.)

JUSTO. ¡Sí, padre,
yo la adoro!

BRUNO. ¿Estás seguro?

JUSTO. ¡Y tanto, que se lo juro
por la gloria de mi madre!
La idolatro, y sólo siento
que dude...

BRUNO. ¡Ten esperanza!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ELVIRA; en seguida EL PORTERO, con otro servicio.

ELV. (Saliendo.) ¡Me vuelve la confianza
tu sagrado juramento!

BRUNO. ¡Hija!

JUSTO. ¡Tú!

ELV. ¡No se hable más!

BRUNO. ¿Sabes...?

ELV. ¡Todo lo he escuchado!
BRUNO. ¡Pues un abrazo... apretado!
¡Ya no se riñe!
ELV. ¡Jamás!
¡Justo! (Abrazándose.)
JUSTO. ¡Elvira!
BRUNO. ¡Qué placer!
¡Ya no te irás!
JUSTO. ¡Ya no emigro!
(Aparece el Portero con el servicio y dice desde la puerta del foro.)
PORT. ¿Se puede entrar sin peligro?
BRUNO. Entre. Nada hay que temer.
PORT. Como antes al ir á entrar...
JUSTO. Ya pasó aquella tormenta.
PORT. ¡Mejor! Aquí está la cuenta...
(Presentando un papel.)
BRUNO. Lo primero es almorzar.
ELV. Esta reconciliación
será muy dichosa...
JUSTO. Sí.
ELV. Si escuchamos desde aquí
señales de aprobación.

FIN

OBRAS DRAMATICAS DE ENRIQUE ZUMEL

COMEDIAS

La pena del talión.
La capilla de San Magín.
El piloto y el torero.
El himeneo en la tumba.
Guillermo Sakespeare.
Una deuda y una venganza.
Enrique de Lorena.
Idem (2.ª parte.)
La maldición.
Un valiente y un buen mozo.
El gitano aventurero.
Un señor de horca y cuchillo.
La batalla de Covadonga.
Glorias de España.
Pepa la cigarrera.
8.200 mujeres por dos cuartos.
Llegó en martes.
El traspaso.
El segundo galán duende.
En cojera de perro.
¡Vaya un lío!
Diego Corrientes (2.ª p., 2.ª ed.)
La gratitud de un bandido.
José María.
Quien mal anda, mal acaba.
La voz de la conciencia.
El deseado príncipe de Asturias.
El hermano del ciego.
También es noble un torero.
L. N. B.
Los guantes de Pepito.
Imperfecciones.
De doce á una.
El anillo del diablo.
La dama blanca.
La escala de la ambición.
Un empréstito forzoso.
Batalla de ninfas.
El Nacimiento del Mesías (segunda edición.)
Obrar bien, que Dios es Dios.
La leyenda del diablo.
La Independencia española.
Un regicida.
¡Viva la libertad! (3.ª edición.)
Ábrame usted la puerta (2.ª ed.)
El muerto y el vivo.
Láura.
¿Será éste?
¿Si sabremos quién soy yo?
Las riendas del gobierno (tercera edición.)
Doña María la Brava.
La hija del Almogávar.
Otro gallo le cantara (3.ª ed.)
Batalla de diablos.
Un hombre público.
Un mancebo combustible.
Roberto el Bravo.
La última moda.
Lo que está de Dios...
Una hora de prueba.
Cajón de sastre.
Oprimir, no es gobernar.
Figura y contrafigura.
Los hijos perdidos.
El trabajo.
Prueba práctica.
Derechos individuales.
El robo de Proserpina.
No la hagas y no la temas.
Pasión y Muerte de Jesús (tercera edición.)
Astucias de un asistente.
Al que no quiere caldo, la taza llena (2.ª ed.)
Blanca Blandini.
He matado al mandarín.
El vizconde de Commarín.
Francisco Pichardo.
¡Gloria á Bilbao!
Quimeras de un sueño.
El manco de Lepanto.
Los bandos de Cataluña.
Pastor y lobo.
Bienes vitalicios.
El talismán de Sagras.

Un millón.
La montaña de las brujas.
Los locos de Leganés.
Guillermina.
La mejor venganza.
Por un suelto.
La hija del mar.
El correo de la noche.
Por dos millones.
Un predestinado.
La degollación de los Inocentes.
Las influencias.
Fieras domestica amor.
Copias del natural.
Los consuegros.
El Mesías.
El torrente milagroso.
El asistente Quiñones.
La diosa de la tempestad.
Abismo sin fondo.
Tres contra uno.
El cintillo prodigioso.

ZARZUELAS

Vivir para ver.
Aquí estoy yo.
La casa encantada.
La isla de los portentos (música de Rogel.)
El Carnaval de Madrid (música de Vilamala.)
Por huir de una mujer (música de J. Arche.)
La ley del embudo (música de Vilamala.)
La condesa Diana (música de Sabater.)
El cinturón de Hipolito (música de J. Arche.)
In fraganti (ídem del mismo.)
Dos damas para un galán (música de M. Nieto y A. Llanos.)
Teoría y práctica (música de Taboada.)
Las dos llaves (íd. del mismo.)
Un lío en el ropero (música de Reig) (1).
Los diablos del día (música de Taboada.)
Venir por lana... (música de Hernández.)
¡Si era la otra! (M. de Reig.)
El Aya (M. de T. Calamita.)
La comedia de Ubrique (música de Ruiz y Calamita.
¿Quién es el Calvo? (música de Mangiagalli) (2).
El Sansón de Alfajarín (música de L. Conrote.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Los dos gemelos, novela.
El amante misterioso, ídem.
Historia del teatro.
La batelera, leyenda.
Amores de ferrocarril, ídem.
El primer Borbón, novela (3).

---

(1) En colaboración con Croselles.
(2) En colaboración con G. Merino.
(3) Se publicó en Manila.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.